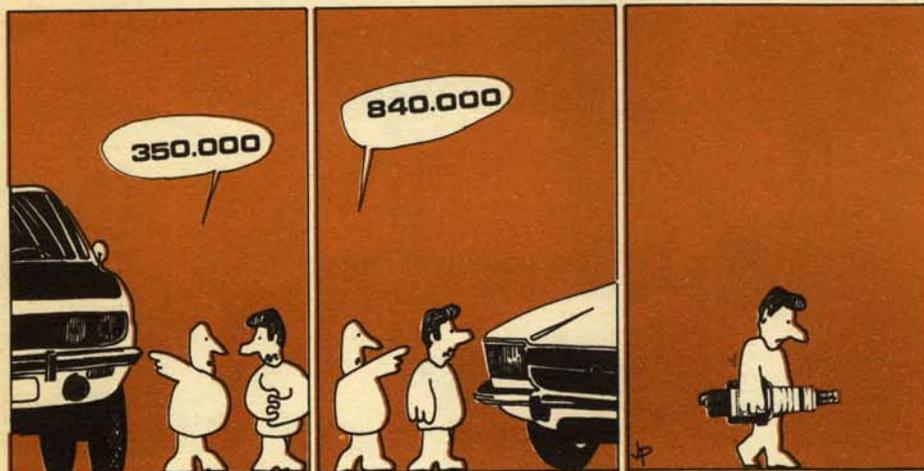


HAY QUE CONSERVAR LAS ESPECIES HUMANAS

Cada vez que con el destape de Televisión Española sale una mulata moviendo el caderamen y enseñando la pechera no oculta por chales de emergencia me doy cuenta de que está pero que muy bien que el señor Joaquín Fest se esté poniendo las botas a base de Hitler, y que en Italia gane enteros Mussolini con más euforia y más demanda de papel que la Fiat y la Montecatini juntas. Porque después de tanto coñazo ecológico de Rodríguez de la Fuente, de tanto fascículo de «Fauna», de tanto llanto por las espátulas del Coto de Doñana y de tanta conservación de las especies animales, que si los pandas se están acabando, que si las águilas reales están en las últimas; después de tanto preocuparnos, decía, por la conservación de las especies animales en toda su pureza, ya iba siendo hora de que nos ocupáramos por la preservación de las especies y razas humanas, que también tienen su corazoncito.

Desde que Hitler estiró la pata en plan de paso de la oca, la humanidad va de mal en peor. Ya se casan los negros con las blancas como el que lava, y las chinas con los pieles rojas, y las filipinas con Julio Iglesias. Y estamos llegando a un cóctel de tinciones de piel en que ni negritud de Senghor ni «black power» ni nada; la humanidad tiene más colorines mezclados que una lámina pintada por un padre de familia con el Iniciarte que le trajeron los Reyes a Juanito.

Así que bueno que Fest se forre con Hitler, y que reverdezcan los partidos nacional-socialistas y fascistas. La raza humana también ha de tener sus Félix Rodríguez de la Fuente. Y no me negarán que, aunque no tenía melenas ni organizaba safaris, el señor Hitler se preocupaba lo suyo por la conservación de la especie humana, en su Coto de Doñana particular de Dachau.—BURGOS.



HASTA QUE LA MUERTE NOS SEPARE

Se conocieron en un autobús. Se miraron intensamente durante diez paradas. No se hablaron, pero se entendieron muy bien desde el primer momento. A veces, basta un segundo para unir dos ilusiones.

En la calle, se tomaron de la mano y caminaron despacio sin decirse nada. La gente les miró curiosa y unos golfillos siguieron a la pareja lanzando puyas. Pero, ellos siguieron adelante sin inmutarse, sin romper el silencio, sin volver la espalda a un Destino que tan oportunamente les ponía frente a frente. Luis lanzó un grito de júbilo y dijo:

—¡Ahí está...!

Leopoldo apretó su mano en un gesto de comprensión infinita y se fue con su nuevo amigo hasta la zapatería. El vendedor quedó anorado al verles entrar. Altos, fuertes, silenciosos, cogiditos de la ma-

no y... cojos. El uno de la pierna derecha. El otro, de la pierna izquierda. Luis, en un tono repleto de venganzas, se dirigió al zapatero y dijo: «Un par de zapatos. Del cuarenta y dos». «¿Un par... sólo?». «Sí, tenemos el mismo número y distintos pies». Leopoldo sonrió feliz.

—¿Seremos amigos siempre?

—Hasta que la muerte nos separe.

El zapatero pidió color. Luis dijo que negro. Leopoldo, que marrón. Discutieron. Se pusieron furiosos. Llegaron a las manos. Luis tomó la muleta de aluminio y la rompió en la cabeza de su nuevo amigo.

La muerte les había separado. Ya no había problemas. Luis, podía elegir el color que más le gustase.

TOLA

